

Educación, religión y folklore en la celebración de fin de curso del Colegio María Inmaculada de Zafra (Badajoz)

Education, religion and folklore in celebration Prom. Mary Immaculate College of Zafra (Badajoz)

Valeriano Durán Manso
Universidad de Cádiz



La fotografía que se presenta está tomada en el Colegio Concertado María Inmaculada de la localidad pacense de Zafra durante la fiesta de celebración correspondiente al final del curso académico 1968-69. En ella se puede ver un grupo de niñas vestidas con el traje regional de extremeña que es típico de la zona de Badajoz, junto a la Madre Encarnación, una de las profesoras y posible tutora del mismo. Se trata de un vestido muy diferente al de la provincia de Cáceres, cuyos aspectos

estéticos cambian incluso por comarcas en el caso de las chicas, y se caracteriza por combinar únicamente los colores blanco y negro en unas telas muy robustas para la climatología de Extremadura. Como la gran mayoría de los trajes regionales de España –a excepción del originario de Andalucía, que se renueva y tiene moda-, ha mantenido su estilo a lo largo del tiempo y tiene su origen en las labores agrícolas, aunque presenta algunas diferencias en el caso del traje de gala, que es más lujoso al incorporar un mantón negro de seda con flores bordadas de gran colorido y diversas joyas de importante valor. Como se aprecia en la imagen, las niñas incluyen el mantón y un mandil también bordado que constituye otra de las señas de identidad de esta indumentaria, además de los habituales peinados a base de moños o rodetes sujetos por peinecillos o peinetas pequeñas. Todas posan en el patio del centro educativo ante el objetivo de otra de las monjas que trabajaba como docente en el colegio, y la mayoría de las dieciséis niñas de la imagen lo hace con los brazos en alto, emulando así una de las posturas propias de la mujer al bailar la jota, el baile popular y tradicional de Extremadura.

De esta manera, la habitual foto escolar de la escuela del franquismo en la que los alumnos aparecían sentados en un pupitre delante del mapa de España o junto a una bola del mundo, queda aquí sustituida por una estampa de carácter lúdica pero de importante valor educativo a pesar de no estar realizada dentro del aula. En este caso, es el patio el que cobra protagonismo y sustituye a la clase al tratarse de la fiesta de fin de curso, en la que las alumnas celebran, entre júbilo y melancolía, la llegada del verano; pero, en consecuencia, la inevitable separación de sus compañeras y maestras tras un año repleto de experiencias educativas y vivencias personales. Para la celebración de despedida de ese año, se organizó una obra de teatro que tenía como tema central el folklore extremeño, y en la que se bailaron danzas típicas como *El candil* o *El triángulo* –que forman parte del acervo cultural escolar de los niños extremeños de varias generaciones-, y este es el motivo por el que las pequeñas aparecen así vestidas. De todas formas, durante la etapa franquista no era muy frecuente que el alumnado de los colegios pacenses o cacereños se vistiera con el traje regional en las fiestas del colegio, pues el resurgir del sentimiento regional se produjo a partir de la Transición. Además, la declaración del Estatuto de Autonomía en 1983 estuvo acompañada de la recuperación del folklore por parte de numerosos grupos de coros y danzas, y prueba de ello es que se empezó a celebrar de forma generalizada en los colegios la Semana de Extremadura cada mes de mayo con actividades culturales, música, bailes, gastronomía, excursiones, exposiciones y, cómo no, todos los niños vestidos con el traje típico.

Inmaculada Gordillo es una de las niñas que aparece en la fotografía, en concreto, la segunda de la primera fila por la izquierda, y como profesora de universidad que es en la actualidad, expresa una emocionada mirada a la escuela del ayer. Recuerda que, en este centro, donde pasó ocho años con las mismas compañeras, se celebraban diversas fiestas religiosas, como el día del patrón, San Antonio María Claret, o el Miércoles de Ceniza, entre otras muchas. Sin duda, se trata de algo muy común en una educación franquista marcada por el ideario del nacionalcatolicismo desde hacía treinta años, y más aún al tratarse de un centro religioso en el que casi todas las docentes eran monjas y, además, la enseñanza estaba segregada por sexos. Este matiz nos lleva a reflexionar

sobre el tipo de formación que recibían los niños y las niñas de la época por una cuestión de género, pues si las asignaturas fuertes solían ser las mismas para ambos, había otras específicas según cada grupo. Por ello, a las niñas se les inculcaban los valores religiosos, su función fundamental dentro de la familia, la atención a sus futuros esposos y el cuidado de sus futuros hijos, y, en definitiva, su rol como ángel del hogar. Este es el motivo por el que a las chicas se les enseñaba costura o, incluso, punto de cruz o bordado, unas tareas artesanales que se consideraban muy útiles para su porvenir, ya que aunque no se casaran aprendían un oficio, mientras que los chicos cosían botones en ese tiempo y recibían refuerzo de aquellas asignaturas que resultaban más complejas, como lengua o matemáticas. Esto afectaba incluso a las prácticas deportivas impartidas por el simple hecho de ser niño o niña, a la formación católica, y a la enseñanza de bailes y danzas, entre otras materias; como fiel reflejo de la perpetuación de la realidad, la sociedad, y, cómo no, el sistema educativo de la época. De todas formas, en los albores de la década de los setenta, las posturas del régimen político se fueron suavizando y, por ello, estas diferencias se mitigaron, aunque algunas han prevalecido durante la democracia en diversos colegios religiosos que han seguido divididos por sexos.

En este sentido, Inmaculada apunta que al principio su colegio sólo estaba enfocado a un público femenino, pero que con el tiempo se hizo mixto en la etapa de Educación Infantil. Este carácter aperturista común a otros centros religiosos de enseñanza se fue afianzando con los años y tuvo su máximo desarrollo durante la implementación de la Educación General Básica (EGB), surgida a partir de la Ley General de Educación de 1970 y vigente hasta principios de la década de los noventa, cuando fue sustituida de forma progresiva por las reformas derivadas de la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE) de 1990. De esta manera, la fotografía está tomada en junio de 1969, justo el año anterior de la entrada en vigor de la EGB, y, por esta razón constituye un documento muy especial que acentúa su valor histórico-educativo y, a la vez, aún conceptos como historia, tradición, educación, religión, emoción y, además, folklore, al aparecer las niñas vestidas de extremeña con motivo de la celebración de fin de curso. Otro aspecto determinante que pone de manifiesto la evolución de los centros educativos religiosos después del franquismo es la renovación del personal docente y las características académicas del mismo. Como aclara Inmaculada, durante su etapa escolar la mayoría de las profesoras eran monjas y ahora, debido a que sigue teniendo una buena relación con sus antiguas compañeras de pupitre, sabe que hay muchas más profesoras de carrera impartiendo clase que no son precisamente sores. Sin duda, estos dos factores indican la llegada de nuevos tiempos a nivel social y educativo y, también, la necesaria adaptación de los colegios religiosos a un escenario donde han conseguido asentarse sin perder su identidad, misión y valores pedagógicos, que son los de las congregaciones a las que pertenecen. En este caso, se trata de las Misioneras Claretianas, quienes siguen y mantienen los preceptos de su fundadora: la Madre María Antonia París i Riera.

Como toda etapa educativa va unida a la formación pero, especialmente, al crecimiento personal, la amistad, la convivencia y los sentimientos y emociones, Inmaculada confiesa con cariño que

dos de las monjas más emblemáticas eran la Madre Dolores y la Madre Socorro, quien sigue viviendo en el centro aunque ya está jubilada. De hecho, reconoce con alegría, y con la misma sonrisa de la niña que fue, que el grupo de Facebook que tiene con sus amigas del colegio se llama ‘Entre dolores y socorros’, un gracioso y oportuno juego de palabras que pone de relieve la antítesis existente entre el significado de los nombres de las dos religiosas más recordadas. Así, se constata que aunque la Madre Encarnación es quien ocupa un lugar principal en la fotografía al respaldar al grupo de pequeñas escolares, son la Madre Socorro y la Madre Dolores las que se mantienen más vivas entre las alumnas de su generación, y las que de forma involuntaria han bautizado una iniciativa tecnológica impensable en el momento en el que se realizó la estampa educativa pero que pone en valor en el siglo XXI la memoria de la escuela de antaño. Las reuniones en el recreo han dado paso a los encuentros virtuales entre unas niñas que hoy son mujeres y que no olvidan las experiencias y vivencias compartidas entre los muros del lugar donde pasaron una etapa de sus vidas que fue fundamental para su crecimiento vital, educativo y cultural. De esta manera, han decidido mantenerse unidas mediante las posibilidades que hoy en día permite Internet para no tener que esperar a las habituales reuniones de Navidad en las que suelen reencontrarse cada año y, además, fotografiarse. Tradición, nostalgia, modernidad y tecnología se unen con un claro propósito: mantener vivo el espíritu de la amistad y el compañerismo gestado y desarrollado en un tiempo en el que el aula era el espacio protagonista en sus vidas.

El Colegio María Inmaculada de Zafra tiene su origen en 1962 y estuvo dedicado a la Educación Infantil y Primaria hasta que en 1996 se convirtió en un Centro de Educación Secundaria Obligatoria. A pesar de que no cuenta con Bachillerato, abarca diversas etapas que permiten a los alumnos pasar en este centro desde su infancia hasta su adolescencia, es decir, desde que aprenden a leer y a escribir hasta que se enfrentan a la formación previa a la Universidad. Como a tantos jóvenes les sigue ocurriendo en la actualidad, Inmaculada tuvo que salir de sus muros para poder iniciar la secundaria en un instituto de su localidad, pero aquí es donde estuvo más tiempo a nivel educativo. Pasar tanto tiempo en un mismo colegio hace posible que los lazos entre los estudiantes se afiancen y se produzca, y se acentúe, el sentimiento de pertenencia al espacio educativo. En este fuerte arraigo las emociones juegan un papel fundamental y aparecen materializadas en fotografías como las que nos ocupa, donde unas niñas de apenas seis años celebran vestidas con el traje regional de la zona donde residen el final de un año compartido entre libros, lecciones, deberes, aprendizaje, y, cómo no, juegos y risas. Las compañeras de clase se convierten en hermanas, sobre todo para aquellas que son hijas únicas en sus casas, y las profesoras en sus madres –de hecho, al tratarse de un colegio religioso llaman así a las docentes-, configurándose una nueva familia, la académica, que se va a ocupar y preocupar por el conocimiento y la evolución intelectual de cada alumna.

Las fotografías cuentan una historia del grupo escolar y del colegio donde fueron tomadas pero, en realidad, recogen muchas historias pues cada estudiante tiene una realidad distinta y particular, y cada profesor, también. Además, como sucede en la pintura, las imágenes captadas por el objetivo del fotógrafo reflejan un instante que esconde detrás distintos universos que van más allá de la escena que vemos. Sin duda, esta foto de carácter histórico-educativo nos ayuda a imaginar y

entender mucho mejor el pasado de la escuela, sus hechos históricos, sus circunstancias sociales, y la manera en que se vivía, se estudiaba y se aprendía en épocas antiguas que, sin embargo, resultan fundamentales para entender el presente escolar. La felicidad de los rostros, la inocencia de las miradas, la naturalidad infantil, la ilusión por la celebración de fin de curso, y la alegría compartida se dan cita en una estampa que nos transporta a un periodo de la historia de la educación relativamente reciente en el que la cercanía de la pizarra y la repetición de las lecciones eran la sintonía diaria del aula. La conservación de esta fotografía permite conocer, estudiar y profundizar en el pasado de la escuela, pues constituye un importante documento histórico-educativo. A través de ella, los mayores pueden recordar y transmitir sus etapas educativas y los más jóvenes pueden reconstruir el pasado mediante un documento que pervive en el presente. La memoria escolar va unida a las emociones y éstas persisten en cada uno a pesar del tiempo transcurrido porque lo aprendido y experimentado de niño nunca se olvida.